

## Precios de suscripción

En Gerona, un mes. . . . .	1	pts.
"    "    "    "    "    "    "    "    "	2 <sup>50</sup>	"
"    "    "    "    "    "    "    "    "	3	"
Fuera de la capital, un trimestre. . . . .	5	"
En el Extranjero, un trimestre. . . . .	0 <sup>10</sup>	"
Números sueltos. . . . .	0 <sup>75</sup>	"
Anuncios línea. . . . .	0 <sup>75</sup>	"
Comunicados á precios convencionales.		
Pago por adelantado		

## Puntos de suscripción

En Gerona, en la Redacción y Administración del periódico.  
En Figueras, Jaime Maló, Perelada.  
En Olot, Imprenta de Juan Bonet.  
Quedan además autorizados los presidentes de Juntas y Centros Tradicionalistas.  
Insértese ó no, no vienen los originales.

# EL NORTE

PERIÓDICO TRADICIONALISTA

## Redacción y Administración:

RAMBLA DE LA LIBERTAD 33  
En el Círculo Tradicionalista.

Dios. Patria. Rey.

SE PUBLICA

Los Miércoles, Viernes y Domingos



Rdo. D. Federico Guart  
Cassa de la Selva

## LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES

Apenas hubo nacido el Salvador del mundo cuando ya llamó hacia sí al pueblo judío en la persona de unos pastores que estaban apacentando sus rebaños en aquel mismo sitio en que David en su juventud los guardara. Aparecióseles un ángel diciéndoles que acababa de nacer en Belen el Mesías prometido, y que lo encontrarían envuelto en unos lienzos y reclinado en un pesebre.

Poco tiempo después, los pueblos gentiles fueron también llamados al conocimiento del divino Niño en la persona de los Magos, que, según la opinión más comunmente admitida, eran unos soberanos de la Arabia feliz muy versados en las ciencias naturales, principalmente en la astronomía. Observaron estos sabios astrónomos que brillaba en el cielo una nueva estrella, y comprendieron por inspiración divina que aquella era la estrella á la cual el profeta Balaam, antepasado suyo, había hecho referencia al anunciar que al venir al mundo el Salvador de los hombres, una estrella desconocida hasta entonces aparecería en el firmamento, dando noticia de este modo de su nacimiento.

La vocación de los Gentiles. Tal es el misterio, cuya memoria celebra la Iglesia en este día. ¡Cuántas y cuan provechosas enseñanzas se encierran en este acontecimiento! En la imposibilidad de ir en seguimiento de los Santos Reyes, desde que, guiados por el astro milagroso, salen de su país en medio de las burlas y reproches de los demás sabios, para ir en busca del Niño-Dios, y rendirle sus homenajes; nos limitaremos á contemplarlos en la adoración del Hijo de Dios, para aprender de ellos la manera como hemos de cumplir con este deber.

Al llegar al Portal de Belen, la estrella que les precedía se detuvo sobre la cabeza del Niño, como para decirles, con la elocuencia soberana de su mudo language: Aquí está. Entonces dice el Evangelio, los Magos entraron y hallaron al Niño Jesús con María su madre; y postrándose le adoraron. ¡Cual no debió ser su admiración! Creían que el rey de los Judíos á quien buscaban habría nacido en un suntuoso palacio y no ven más que un derruido establo, y en su interior un niño recostado en un humilde pesebre. No amenguó por eso su fé, antes al contrario lo que habían presenciado acabó de afirmarles en su persuasión. «Deducen de todo esto, dice Bourdaloue, que Jesús es rey por sí mismo, esto es, que para darse á conocer y ser obedecido en calidad de tal, no tiene necesidad de las señales exteriores y de todas las galas, pompas y ceremonias humanas. Si los otros reyes se despojasen de todo ese aparato ¿conservarían acaso á su alrededor esa infinidad de pretendientes que les asedian, Pesa numerosa muchedumbre de cortesanos que les adula? La magestad humana no tiene más base que ese brillo y resplandor superficial y efímero; la magestad procede de Dios, en efecto, que ha transmitido á los monarcas parte de su autoridad, pero despues de todo, si esa magestad es digna de tanto respeto, y si el mundo la tributa tanto honor, es porque vá acompañada de un esplendor y magnificencia que llama la atención; y sin embargo privado de todo esto el rey recién nacido hácese respetar y aún adorar de los mismos reyes. Deducen los Magos de todo esto, que Jesús es rey de los corazones y del espíritu, puesto que de tal modo ha sabido iluminarlos, inspirarlos y convencerlos. Los reyes más poderosos de la tierra no alcanzan tal autoridad ni poder; reinan sobre nosotros, dice San Gerónimo, pero Jesucristo reina en nosotros, y nadie más que El puede insinuarse á su antojo en las almas y darles la dirección y el giro que le place. Deducen los Magos que Jesús es rey universal, rey del cielo en donde acaba de hacer brillar un nuevo astro desconocido hasta entonces y rey de la tierra en donde hace sentir su

presencia y soberanía hasta de las naciones más apartadas; rey de los Judíos y de los Gentiles, rey de todos los estados y condiciones, puesto que ha llamado á sí á los hombres de todas las condiciones y de todos los estados, á los grandes y á los pequeños.»

Teniendo pues los Magos completa seguridad de que aquel ante cuya presencia se hallaban era el verdadero Dios se postraron ante Él. Al obrar de este modo le dan el culto exterior, es decir, aquel culto que se tributa con el cuerpo. Lo que entónces hicieron los Magos respecto á Nuestro Salvador, más tarde lo hizo Este respecto de su Padre celestial en la oración que le hizo en el huerto de los Olivos, pues durante la misma estuvo postrado y la faz contra tierra. A vista de tan elocuentes testimonios, ¿habrá todavía quién pretenda que los homenajes exteriores son indignos de Dios, por ser espíritu puro? El hombre consta de cuerpo y alma que ha recibido de Dios. Por otra parte el hombre debe tributar á Dios culto con todo aquello que de él haya recibido: por lo tanto debemos adorarle no solo con el cuerpo, si que también con el alma; no solo con culto exterior, sino con culto interior.

Habiéndose prostrado los Magos ante Jesús Niño le adoraron, añade el Evangelio, con su laconismo de costumbre. He aquí el culto del alma. No contentos los Magos con postrarse á los pies de Jesús, quisieron humillar también ante Él sus almas, según la frase de un eminente escritor contemporáneo. Si debemos á Dios el acatamiento de nuestros cuerpos, parte la menos perfecta del compuesto humano, con mayor razón le deberemos el de nuestras almas. Al culto exterior, de consiguiente, debe acompañar el culto interior. La unión de uno y otro es lo que constituye el culto verdadero del hombre para con Dios, así como la unión del alma con el cuerpo es lo que al hombre constituye. Por eso los Santos Reyes, despues de haber dado á Jesús el culto externo, se apresuraron á tributarle el interno.

Según nos enseñan los Magos con su ejemplo, el doble homenaje de nuestro cuerpo y de nuestra alma que á Dios debemos exige que le ofrezcamos presentes.

Entre los pueblos de Oriente habia la costumbre de no presentarse jamás ante los reyes sin presentarles ofrendas. Siguiendo, pues, los Magos esta costumbre de su país, al ponerse en camino con objeto de ir á adorar al Rey de los Judíos que acababa de nacer llevaron consigo ofrendas y presentes que ofrecerle. Despues de haberse postrado á las plantas de Jesús Niño y de haberle adorado como á Dios, dice el Evangelio, que abriendo sus tesoros, le ofrecieron ricos presentes, oro, incienso y mirra. (1) No le ofrecieron, empero, el oro, el incienso y la mirra que á sus pies depositaron, no esos presentes materiales, sino lo que ellos significaban. ¿Que significaban dichas ofrendas? Según el común sentir de los Santos Padres, el oro significaba la caridad, el incienso la oración y la mirra la mortificación. A imitación de los Magos, no nos presentemos nosotros tampoco á Jesús con las manos vacías, antes bien ofrezcámosle estos tres dones.

En primer lugar el oro de la caridad. «Al ofrecer los Magos, el oro al Hijo de Dios le ofrecían su corazón. Constituye el oro el metal brillante y precioso por excelencia; la caridad es la más hermosa, preciosa, rica y cara á Dios de las virtudes todas. Anima á las demás virtudes, las dirige y educa, las ennoblece del mismo modo que el oro añade valor y brillo á los objetos á que se adapta.—¿Que es lo que para

(1) En el tesoro del convento de San Pablo (monte Athos) se conservan doce pequeños triángulos de filigrana de oro y setenta y dos granos de incienso y mirra. Pretendieron los monjes de dicho convento que este oro, incienso y mirra son del que los Magos ofrecieron á Jesús; que dicho oro, incienso y mirra fueron llevados al monte Athos por una mujer misteriosa á quien ellos llaman, *la hermosa Maria*. (Didrón, Manual de Iconografía cristiana griega y latina, etc. Paris 1845, p. 159, nota I.)

nosotros realza un presente? ¿Es acaso el presente en sí? ¡Oh! no; sino el sentimiento, la intención, la voluntad, el cariño que demuestra. El objeto, aún cuando sea insignificante, aun cuando no tenga valor intrínseco alguno, conviértase para nosotros en objeto de gran valor y muy grato en el momento en que nos es ofrecido con cariño, desde que comprendemos que es un don del corazón. El amor, el efecto y el cariño es pues lo más precioso; casi me atreveré á decir que es lo único precioso; pues si el cariño falta, todo á nuestros ojos parece insípido y sin valor. Por eso lo que Dios exige de nosotros es el corazón, porque el corazón es el todo; y el mayor y más perfecto de los mandamientos de Dios, el mandamiento por excelencia es el primero, este es el que encierra en sí toda la ley, porque está basado en el amor de Dios. Bien habian dado pruebas los Magos, ciertamente, de que amaban á Dios, como Dios quiere y desea que se le ame; los Magos habian amado á Dios sobre todas las cosas; puesto que todas las sacrificaron por Él, todos los inconvenientes por Él los sufrieron, todos los obstáculos desafiaron y vencieron para llegar hasta El Amor verdad que no se satisface con vanas palabras, sino que ejecuta obras, que se manifiestan en sus frutos, que habla el elocuente language de los hechos. Sea así también respecto á nosotros, nuestras obras exteriores, nuestras prácticas piadosas, la recepción de los sacramentos no valdrán nada ante Dios, si estos actos no van acompañados de la virtud de la caridad que les dá valor y vida. Amemos; hé aquí el compendio, el resumen de nuestra religión.» (2)

Debemos también ofrecer á Jesús el incienso de la oración. No hay bastante, en efecto, con amar; es preciso que el amor no quede aprisionado en el estrecho recinto del corazón, que es su morada, sino que salga de su encierro, como la llama brota del leño en el cual se ha pegado fuego.

Es necesario que suba hasta el trono del Altísimo, como el humo del incienso que se quema ante los altares, y esta llama, y este perfume que sube desde el corazón que ama hacia Dios, es la oración. «La oración es, en efecto, la manifestación, la expresión, el fruto de la caridad unida en el corazón. El alma que no reza no tiene amor; el alma que ama necesita de la oración. El fuego de la caridad no puede permanecer oculto en el corazón; es necesario que se manifieste al exterior por medio de suspiros, de tiernos coloquios con Jesús. Ya se manifiesta, en efecto, por medio de esos últimos coloquios, en los que habla no más que el corazón; ya se manifiesta por medio de esos transportes que toman forma de palabra siempre es la misma, se la repite sin cesar y sin cansarse, porque siempre se halla en ella eterna frescura, la frescura de un sentimiento siempre nuevo, tan lleno está de vida; ¡Dios mío, os amo con todo mi corazón!—Esta será la frase eterna que resonará allá en los cielos; sea también sobre la tierra la frase que esté siempre en nuestros labios, y que procediendo del alma es la perpetua oración, que el Señor nos recomienda, oración que bien considerada es la misma respiración de los Santos. ¡El respiro del alma! Si; efectúese esto en nosotros; quede nuestra voluntad tan perfectamente dirigida hácia el cielo, grávese tan profundamente en nuestra alma el pensamiento de Dios; hállese nuestro corazón tan lleno de ese soberano sentimiento, que es el amor de Dios elévese de tal modo, en fin, nuestra alma hácia el cielo, que aspire y respire solo á Dios, lo mismo que nuestros pulmones aspiran y respiran el aire, por un movimiento natural y constante, necesario además para nuestra vida.» (2)

Ofrezcámosle, finalmente, la mirra de la mortificación. Nada haríamos de decir á Dios que le amamos mucho, inútiles serían todas nuestras oraciones, si no tuvieramos la virtud de la pureza; pues que la

(1) Etcheverry, loc. cit.

(2) Etcheverry, Nom, Meditat. II Enero.